

“La peste del olvido”*. Re-presentar a Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005), un fuera de lugar**

Javier Lasarte Valcárcel

A Susana Zanetti y Hugo Achugar

No temáis al poeta cuando
noblemente se enoja, su letra
mata, pero el espíritu vivifica los espíritus.

Hölderlin¹

¿Crítica disuelta en el aire?

En una cuarta conferencia que no tuvo lugar (Universidad Nacional, 1987) pero que fue integrada a las tres anteriores

* Es una frase que Rafael Gutiérrez Girardot toma de García Márquez a la que recurre no pocas veces; aún más, podría decirse que funciona como una especie de *leit-motiv* del crítico, que expresa su voluntad de “poner de presente” lo que las modas literarias o teóricas ha dejado injustamente en el camino (Henríquez Ureña o los antecedentes del *boom* en la primera mitad del siglo XX, por ejemplo). Esta idea mandante (“la peste del olvido”) es también el punto de partida del artículo de Damián Pachón Soto, “Rafael Gutiérrez Girardot y José Luis Romero: historiografía e identidad latinoamericana”, *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, Vol. 36, N° 112 (2015).

** El presente texto ha debido ser la conferencia inaugural de un homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot, organizado por la Universidad de Antioquia, que, con motivo de los 10 años de la muerte de Rafael Gutiérrez Girardot, tuvo lugar el 29 de octubre de 2015 en el Aula Máxima del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y el Archivo de Bogotá. Su lectura y mi presencia no tuvo lugar por... asuntos burocráticos. Y tiene como punto de partida la introducción que hice a la edición de *El intelectual y la historia*, “Gutiérrez Girardot: polémica y utopía” (Caracas, La Nave Va, 2001, pp. 9-15). (Aparte: de entrada, debo advertir sobre un vacío importante en este acercamiento: la consideración de escritos de Gutiérrez Girardot sobre filosofía, área en la que fue muy solicitado, y seguramente con toda justicia).

1 Es un fragmento del poema “Sófocles” de Hölderlin que Gutiérrez Girardot cita a propósito de la marginación de que fue objeto la figura de Hugo Ball, impulsor principal del dadaísmo y ensayista polémico (“Hugo Ball o la circunferencia de la vanguardia” (*Entre la Ilustración y el expresionismo. Figuras de la literatura alemana*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 87).

en uno de sus libros más sugerentes: *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispano-americana*², Rafael Gutiérrez Girardot llamaba la atención por enésima vez sobre los riesgos de las apropiaciones acríticas de teorías y terminologías consagradas por la moda; y la razón de esta advertencia residía aquí en que tal actitud sumía en la “peste del olvido” a figuras y proposiciones capitales de los discursos críticos latinoamericanos. Si bien se refería a la recepción que por entonces tuvo “el formalismo negador de la historia y de dogmatismo histórico” procedente de Francia, centrada en autores como Julia Kristeva, Michel Foucault, “Derridada y Lacan”³, Gutiérrez Girardot remonta el inicio de esta actitud al menos a mediados del siglo XX, cuando ocurre la introducción exitosa en América de la estilística en las versiones de Dámaso Alonso y Carlos Bousoño; acogida que

trajo como consecuencia el desprecio de los estudios históricos y el tácito rechazo de la contribución de autores hispanoamericanos al conocimiento de Hispanoamérica. El entusiasmo por ese formalismo que quería sustituir el impresionismo de la crítica por una crítica exacta impidió una discusión crítica con esa revelación, gracias a la cual se consideraron añejas o no científicas obras como *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1946) de Pedro Henríquez Ureña o *El deslinde* (1944) de Alfonso Reyes [...]. Con [...] estas falsas valoraciones, se renunció en Hispanoamérica a

2 Aunque publicado originalmente como libro en Bogotá, Ediciones Cave Canem, 1989, seguiremos y citaremos aquí el texto incluido en la edición revisada y organizada por el propio Gutiérrez Girardot del citado *El intelectual y la historia* (y por tanto, de aquí en adelante al citarlo, se hará como si fuese uno de sus “capítulos”).

3 Es la denominación que Gutiérrez Girardot acoge de Pierre Vilar, en “Temas y problemas...”, ed. cit., p. 145.

crear los fundamentos para la renovación de los estudios literarios en general y de los hispanoamericanos en particular [...]. Lo que lograron estas omisiones [...] fue la trivialización de la literatura, esto es, la despolitización de la literatura en el sentido de que la privaron de su más inmediata y específica tarea histórica [...] [.] la de hacer consciente a la sociedad de lo que ella es, y la de señalar, a través de la crítica, metas utópicas, es decir, contribuir a dinamizarla (pp. 146-147).

Llegaba incluso Gutiérrez Girardot a achacar estos actos –de los 50 y 80– de “despolitización de la literatura”, de suspensión de la historia, a una suerte de pereza intelectual: “Más difícil, porque exige esfuerzo, es poner a prueba esas teorías recibidas y más pesado aún resulta a estos terminólogos y actualistas considerar una tradición” (p. 147).

No sé si como efecto de la pereza o como una actualización más de las valleinclanescas “divinas palabras” –especialmente al tratarse de las pronunciadas por autoridades puestas en boga desde los centros de producción teórica más prestigiosos–, me inclino incluso a pensar que esa operación descrita por Gutiérrez Girardot, que decretó el olvido de la propia tradición crítica o historiográfica latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, tuvo otra arremetida que se concretó en los alrededores del último fin de siglo. A falta de datos precisos sobre el estado actual y los alcances de los estudios literarios latinoamericanos, podría pensarse incluso en una cierta desarticulación o disolución, sin recambio visible, de aquello que en los años 70 se llamó Nueva Crítica Literaria Latinoamericana⁴, a la que

4 No me interesa la etiqueta en sí. Lo cierto es que desde los años 60 se fue consolidando un pensamiento crítico respecto de la literatura que pretendía superar el impresionismo crítico, los nacionalismos literarios cerriles y los formalismos (la estilística, el estructuralismo), para explorar el modo más adecuado de articular la literatura en sus contextos literarios, culturales,

—¿a pesar de sí mismo?— podría integrarse el propio trabajo de Gutiérrez Girardot, y que aún espera, más allá del obvio paso del tiempo, una ponderación crítica.

Con un punto de exageración, podría decirse que lo que hoy pervive más claramente como referencia o saldo de aquel empeño es un libro póstumo de Ángel Rama, sin duda actor y gestor principalísimo de aquel intento de renovación: *La ciudad letrada* (1984), texto sugerente que abordó una ambiciosa “microfísica” del poder letrado en la historia sociocultural latinoamericana, pero que, más allá de algún olvido injusto⁵ y aunque su idea-proyecto fuese imprescindible, no parece ser el mejor ejemplo de la enriquecedora complejidad de la que Rama solía hacer gala. Quizás por ello haya encajado tan bien en el “calor” del auge de los estudios culturales y poscoloniales y sus agendas, no pocas veces empeñadas en reducir de forma maniquea la historia intelectual del continente. Lo cierto es que ya hacia el último fin-de-siglo, la atención de los estudios literarios latinoamericanos, al menos en ciertos sectores, parecía hallar mayor interés, con la salvedad de *La ciudad letrada* o textos como *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989) de Julio Ramos, en proposiciones de especialistas provenientes de otras disciplinas, como *Culturas híbridas*.

sociales. Aunque tampoco me interesa fijar con precisión los inicios de esta tendencia de la crítica literaria, cabe mencionar, entre otros, dos textos de Ángel Rama “Diez problemas para el novelista latinoamericano” (1964) y, sobre todo, *Rubén Darío y el modernismo* (1970); *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas (1964); *Calibán* (1971) o *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (1975) de Roberto Fernández Retamar; *Literatura y praxis en América Latina* (Gutiérrez Girardot, Rama, Jitrik, Traba, Alegría; 1974). Y algunas publicaciones que funcionaron como “nichos”: *Revista Iberoamericana*, *Casa de las Américas*, *Hispanamérica*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*...

- 5 Pienso en el hecho de no dialogar explícitamente con antecedentes próximos como *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1975) de José Luis Romero, a quien sí mencionó (y generosamente) en *Transculturación narrativa en América Latina* (1982). Por esto último, si fuese verdad que *La ciudad letrada* pudo no ser una versión final, mi “injusto” sea realmente injusto.

Estrategias para entrar y salir de la modernidad (1989) de Néstor García Canclini o *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (1991) de Jesús Martín-Barbero. Y la literatura misma y su estudio, entre esos sectores, se impregnaba de un cierto aire a pecado original, a antigüalla.⁶

Podría conjeturarse que, a pesar de que murió en 2005, por los últimos “enemigos” que mencionó en el campo de la teoría (Kristeva, Foucault, Derrida...), Gutiérrez Girardot no llegó a considerar (o no suficientemente) algunos cambios de distinto alcance que tuvieron lugar en el pasado fin-de-siglo. Pienso en el desplazamiento del interés (¿y el gusto?), en sectores del campo académico “entregado” a las novedades, no solo de la literatura sino en general de los productos artísticos, a favor de una idea ampliada de cultura y, quizás aún más, a favor de la teoría en sí misma: suerte de “super-género” cuyas fronteras de delimitación se han relajado hasta lo indecible e impropio –en el sentido de que casi cualquier cosa pasa por tal–, y que ha dado pie a una especie de autofagia intelectual corporativa, en la que pasan por más prestigiosos los trabajos académicos sobre otros trabajos académicos que los que anteaer versaban sobre objetos que se hallaban *fuera* del campo (o del *campus* universitario). Ello vino aparejado con una cierta modificación de la figura del “sujeto académico”, cada vez más dado sea a la “vedet-

6 Contra lo que pudiera parecer estoy lejos de ser un nostálgico o fanático de la literatura. De hecho, mis preferencias como consumidor cultural –en sentido amplio– siempre han tenido puestos los acentos en otros espacios. Pero no veo por qué, aun despojada de su “aura”, hacer de lado la literatura cuando menos como un privilegiado documento para la comprensión de culturas, sociedades, historias... Me atrevo a recurrir al inicio de “La crítica a la aristocracia bogotana en Gabriel García Márquez y R.H. Moreno Durán” de Gutiérrez Girardot (en *Provocaciones*, Bogotá, Ariel, 1997): “Los fundadores de la moderna sociología urbana norteamericana, Robert E. Park y Erns W. Burgess, observaron en el prólogo a [...] *The City* (1925) que ‘mucho debemos a los escritores de ficción por su conocimiento más íntimo de la vida urbana contemporánea’; con ello reconocían que “la literatura puede suscitar problemas científicos o abrir campos de investigación poco o nada explorados” (173).

tización” o al desarrollo de una enfática actitud más-allá-de-la-crítica, en la que se sentaba juicio terminal, ante los nuevos escenarios de lo global/local, las dinámicas de exclusión/inclusión, el sujeto y las multitudes, los asuntos de género... sobre cualquier asunto del pasado o el presente, de este a oeste y norte a sur, con aires no siempre ajenos a los de alternativos sacerdotes o tribunos teórico-enciclopedistas. En ese fin-de-siglo se concretaría a la vez el cambio de los centros de poder académico de París a Estados Unidos (y, en menor medida, al Reino Unido), en cuyas universidades o *politburós* se cocinaban las nuevas “agendas”, predominantemente las de los estudios culturales y las lecturas de género, y las del poscolonialismo –con menos adeptos pero con no poco impacto en ciertos medios.

Las voces de resistencia por parte de latinoamericanistas no se hicieron esperar. 1997, por ejemplo, fue un año que congregó trabajos de críticos que, desde distintas posiciones y situaciones, expresaban esas reservas. Así, el monográfico *La crítica literaria como problema*⁷ recogía artículos orientados a cuestionar tanto el lugar desde el que se producían esas agendas, como la función exótica que América Latina pasaba a cumplir en el nuevo panorama o el olvido de la propia tradición culturalista y poscolonialista latinoamericana. No pocos se sumaron a ese debate América Latina/EEUU-Europa –Cornejo Polar, Sarlo, Schwarz, Santiago, Rojo, Richard, de la Campa...– para intentar, cuando menos, una asunción crítica de lo que esas agendas querían im/pro-poner.⁸ Baste un pasaje del texto de Hugo Achugar

7 *Papeles de Montevideo*, N° 1 (1997). Ver especialmente: “Crítica literaria y globalización cultural” de Mabel Moraña, “Los estudios culturales: elaboración intelectual del intercambio América Latina-Estados Unidos” de Néstor García Canclini, o “Leones, cazadores e historiadores, a propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento” de Hugo Achugar.

8 El inicio, en 1993, de las *Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana* puede entenderse como un temprano espacio de encuentro en este sentido.

como ejemplo (en términos, a decir verdad, no tan distantes de los de Gutiérrez Girardot):

...el marco teórico de los estudios poscoloniales que intenta construir un supuesto nuevo lugar desde donde leer y dar cuenta de América Latina no sólo no toma en consideración toda una memoria y una tradición de lectura, sino que además aspira a presentarse como algo distinto de lo realizado en nuestra América. Ese nuevo marco teórico se ha llamado de múltiples modos en América Latina, se ha llamado “pensamiento latinoamericano” y, bien o mal, ha estado detrás de la discusión que, por lo menos, desde Andrés Bello hasta nuestros días recorre el debate latinoamericano [...]. Una visión que ha permitido dar cuenta de la historia sin necesidad de un supuesto nuevo marco teórico que, insisto, supuestamente podría dar cuenta de fenómenos que eran invisibles para los propios latinoamericanos, cosa que la historia del pensamiento latinoamericano muestra no ser así. Una visión, a la vez moderna y posmoderna, y que surge de la historia de las agendas de la sociedad latinoamericana.⁹

En cualquier caso, lo cierto es que la repercusión en términos de *políticas*, en los centros o las periferias, de estos intentos afirmativos del *lugar* del latinoamericanismo es difícil de estimar en este momento.¹⁰

9 Achugar, Hugo, “Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIII, N° 180 (1997), p. 383.

10 Más allá de debates ¿teóricos? al respecto, quizás no estaría de más revisar, por ejemplo, en lo que respecta a la literatura y sus proximidades, la estructuración y los tipos de asignaturas de estudios de pregrado y posgrado en las universidades de América Latina y EE.UU. o Europa, además de las bibliografías de referencia o consulta obligada, con el fin de entender los alcances reales de novedades y resistencias o de indagar hasta qué punto se puede hablar de asimilacio-

Primer ¿autorretrato?: El clásico/moderno

En “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)” sobre intelectuales de primer orden en la primera mitad del s. XX, Gutiérrez Girardot decía:

No es improbable que la velocidad con la que se suceden teorías y postulados obligue [...] a considerar el pasado intelectual inmediato como algo que no responde a las exigencias del presente [...]. Si así fuera, el olvido a que fueron condenados el ‘arielismo’ y sus consecuencias, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y tantos más sería no sólo justo, sino inevitable. Y todos ellos descansarían en el cementerio con su lápida merecida, en el mejor de los casos como monumento. Sin embargo la realidad es diferente.¹¹

Y probablemente lo afirmado pueda “calcarsé” hoy para la figura del propio Gutiérrez Girardot. Quién quita que incluso haya que presentarlo a zonas de las nuevas promociones de profesionales de las ciencias de la historia, la sociedad, la cultura y la literatura, al menos para asegurar que “la peste del olvido” no active su máquina una vez más. O, en cualquier caso, re-presentarlo.

Uno de tantos blancos que Gutiérrez Girardot gustaba demoler fue, más que el ejercicio de las digestivas biografías escolares, las “semblanzas” –vida y obra– de escritores (aún hoy campantes en innumerables páginas de internet), una tendencia de la crítica que en su momento gozó de al-

nes críticas o no, de rearticulaciones o desarticulaciones, o de lluvias sobre el agua. Aún persiste, por ejemplo, en algunas universidades latinoamericanas el muy tradicional e hispanista nombre de “Filología” para designar carreras, Escuelas o Facultades.

11 Gutiérrez Girardot, Rafael, “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)”, *Cuestiones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 8.

gún prestigio: la explicación biografista de los textos por la procedencia social o étnica, situaciones vitales, rasgos de personalidad de los autores... Y no era cosa de que Gutiérrez Girardot despreciase el recurso a elementos biográficos del autor si fuesen de utilidad, sino que su interés se centraba primordialmente en establecer diseños de figuras de intelectual y de su lugar en el concierto de la modernidad occidental. Para ello se daba por igual a la tarea de escudriñar los textos, como de pensar el modo en que un escritor se insertaba tanto en su específico campo intelectual o cultural como en su más próxima o amplia tradición. Su “Génesis y recepción de la poesía de César Vallejo”¹² ilustra con suficiencia no solo su refutación de las explicaciones biografistas,¹³ sino la contundente mezcla de sensibilidad y sagacidad de Gutiérrez Girardot tanto para leer poesía como para tejer una inédita urdimbre de relaciones (Quevedo, Rilke, Kafka, Celan, Trakl, Antonio Machado, Jorge Guillén, Borges o Kierkegaard, Heidegger, Benjamin...), con el fin de realzar el *lugar* central de Vallejo en el mapa de la modernidad occidental.¹⁴ Pero hay también en “Génesis...” la sugerente idea de que el Vallejo persona/personaje, poeta/intelectual, más genuino está en sus textos, suerte de involuntarios autorretratos que devienen así en una de las más rescatables y productivas biografías de Vallejo.

Quizás una forma viable de “presentar” a Gutiérrez Girardot, al crítico-persona/personaje, para quien no esté

12 Gutiérrez Girardot, Rafael, *César Vallejo y la muerte de Dios*, Bogotá, Panamericana Editorial, 2000, pp.19-86.

13 Según la cual, por ejemplo, el sustrato cultural indígena del “cholo” Vallejo explica la índole doliente y melancólica de su poesía (quizás una de las razones por la que Mariátegui haya sido desterrado de su galería de “héroes” intelectuales).

14 Sin que falte por ello alguna de sus habituales destemplanzas: “Así como es vano comparar a César Vallejo con Pablo Neruda o con Octavio Paz, así es también vano suponer que *después* de Vallejo se puede hablar de poesía y entender por tal la de Neruda o la de Paz” (p. 28).

familiarizado con su obra, sea seguir lo propuesto por él para Vallejo: avanzar una cierta lectura de sus escrituras, pensándolas a modo de involuntarios autorretratos, de tal modo que, en su trazado, digan de lo que fue/es como figura de intelectual. Obviamente no solo valdría para su caso; hace tiempo se sabe que las elecciones, los énfasis, los olvidos, los tonos, las “afinidades electivas” y los enemigos... dicen siempre algo más de lo que dicen. Ello hace, por ejemplo, que el Vallejo transido por el inseparable bifrontismo de racionalidad y misticismo religioso, de certeza de la nada y deseo de redención, de poesía y filosofía y política, sea ante todo, o además, no Vallejo *en sí*, sino el Vallejo mediado, el *de* Gutiérrez Girardot, y que, en cierta forma, *ese* Vallejo “diga” también del propio Gutiérrez Girardot. Aun a riesgo de tentar más a Pero Grullo... podría decirse algo similar respecto de una zona de sus trabajos menos publicitada y, como en el caso *César Vallejo y la muerte de Dios*, menos conocida o considerada. Pienso, por ejemplo, en el dibujo de la tensión constitutiva –más que dilemática– de lo clásico/moderno (radicalmente moderna al menos desde Baudelaire, como lo marcó el propio Gutiérrez Girardot) en “‘Clasicismo’ y revolución en Jorge Luis Borges”¹⁵, entre otros varios agudos trabajos dedicados al argentino universal. Pero también en su interés y afecto indudable por la obra referencial de españoles como Quevedo o la poesía de Antonio Machado y Jorge Guillén, o alemanes como Gottfried Benn, el olvidado trágico y multifacético Hugo Ball o teóricos centrales de la historia y la sociedad (Schiller, Marx, Nietzsche, Benjamin, Schmitt, Weber...), paradigmas de modernidad.¹⁶

15 En *Provocaciones*, ed. cit., pp. 55-73.

16 Podría creerse que su interés por la literatura española o alemana respondía a las necesidades de su cargo en la Universidad de Bonn, que sin duda determinó su mayor circulación por la cátedras del hispanismo europeo (en las que, con matices pero colonialmente, Latinoamérica aún

Estos mismos intereses ponen de relieve su condición de “fuera de lugar”, de excéntrico, respecto de sus coetáneos, que pocos, como Ángel Rama, apreciarían en su momento. En especial, si se toma en cuenta que su interés por lo “demasiado” humano y moderno está atravesado por una lectura que inequívocamente marca la significación política de todo discurso y su pertinente “puesta” en relación con la sociedad y la historia en las que se inscribe y a las que responde. Aunque esté fuera de duda su latinoamericanismo, expresado en su enfática voluntad de hacer valer sin complejos, ante Europa, Estados Unidos o la propia América Latina, el lugar que colonialmente se le ha regateado, fue un latinoamericanismo poco dado a la complacencia, el fanatismo o la estrechez de miras (que lo limitase a ser una suerte de súper-nacionalismo), matizado a la vez por su incisiva racionalidad y por su cosmopolita creencia en el valor del saber y el arte, y presidido por su particular idea de la utopía, heredada de la tradición humanista, pero dinamizada, como asimiló de Pedro Henríquez Ureña, por el sentido político de su aspiración.¹⁷ De tal suerte, que no fueron ajenos al propio Gutiérrez Girardot, tensionado entre la busca de la utopía americana, la fe (presupuesta) en la condición liberadora y trascendente del saber y el quehacer

no ha dejado de ser “apéndice”), pero no creo que ello tenga mayor relevancia para el caso de los autores mencionados, en los que el interés del colombiano está libre de cualquier sospecha. Por lo demás, difícilmente alguien pueda cuestionar tanto la solvencia de su conocimiento de la literatura española o alemana, como la valentía para ejercer críticas deliciosamente feroces (contra Curtius, la generación del 98, Bousoño, Alonso, De Torre o, ¡claro!, Ortega y Gasset), aún más tratándose de un académico “indiano”.

- 17 Gutiérrez Girardot, en el citado prólogo a *La utopía de América*, exaltaba la idea de “utopía” en el dominicano, al considerarla: “categoría antropológica e histórica” (p. xxiv); “esencialmente histórica y dialéctica: ella implica los conceptos de proceso y totalidad, de armonía entre lo general y lo particular” (p. xxv); y cifrada en la búsqueda permanente de educación, cultura, libertad y justicia social (p. xxiv), contando para alcanzarla con dos fundamentales instrumentos: la discusión y la crítica (p. xxiv).

intelectual y la conciencia asumida del desamparo radical del hombre moderno, los dilemas y (aparentes) contradicciones que el colombiano desveló en la escritura poética, política o –incluso– teórica de César Vallejo.

Muy probablemente Gutiérrez Girardot podría ser adscrito a eso que para Uruguay Ángel Rama caracterizó, casi en términos de ausencia (por lo que no es), como la “generación crítica”¹⁸, lo que es válido sólo a condición de que, como en el caso del mismo Rama, se consigne su activo y peculiar protagonismo en la vanguardia de los años 60, cuya dinámica impregnó, con aires de adhesión o resistencia, casi todo discurso cultural de entonces, articulados en torno a la idea de crisis y la necesidad de cambio, innovación, ruptura o revolución, y vividos con una cierta crispación, con sentido de urgencia, de ahora-o-nunca. De ese contexto nace, por ejemplo, la “nueva crítica”, y en ella halla contexto la obra de Gutiérrez Girardot.

De las varias vanguardias de la modernidad, la de los años 60 fue una de las más resonantes o cruciales, y Gutiérrez Girardot la asumió, pero no de un modo militante o unívoco; más bien la *interpretó* en una tesitura casi borgeana –o conflictivamente vallejana si se prefiere. Cabe decir que Gutiérrez Girardot vivió esa *su* vanguardia pero transido por sus (aparentes) opuestos, sin renunciar a los “existenciales” más allá de lo moderno, por ejemplo. Uno de los aspectos de su obra inscrito en su tiempo es la búsqueda y fijación de hitos, de novedades. Pero, a diferencia del intenso *presentismo* y la negación del pasado que se vivió en sus años –algo propio por lo demás de toda vanguardia–, Gutiérrez Girardot optó, incluso cuando más extremo fue-

18 Rama, Ángel, *La generación crítica*, Montevideo, Arca, 1972. Generación en la que Rocío Antúnez, en “Ángel Rama y la generación crítica” (*Revista Iberoamericana*, Vol. LXXI, Nº 211, 2005, pp. 373-379), incluiría al propio Rama acertadamente.

se su costado polémico, por y para lo moderno-clásico. Y lo hizo por entender que se vivía otro episodio, diferente y mismo, crucial sin duda y amenazante por demás, pero enmarcado en la historia de los *tiempos* de la modernidad desde la Ilustración (que Gutiérrez Girardot gustosamente remontaría en sus orígenes, por ejemplo, a los años del cisma luterano o a los de Quevedo...); “episodio” que bien podría acarrear por su radicalismo una oleada más de la “peste del olvido”. Por no hablar de los mohines que, entre ciertos críticos rígidos de esos años, ha podido “suscitar” la docena de ensayos que dedicase a la obra de Jorge Luis Borges en tanto narrador/filósofo –y por ellos considerados al menos como conservador–, la mayoría posteriores a su inicial *Jorge Luis Borges: un ensayo de interpretación* (1959)¹⁹.

19 En la cercanías de este tipo de consideraciones, pero en otro sentido, me “urge” marcar, como otra posible diferencia respecto de coetáneos, el sostenido interés y la atención que a lo largo de toda su trayectoria Gutiérrez Girardot prestó al estudio de la poesía europea y latinoamericana, expresada en una importante cantidad de publicaciones, entre las que no quiero dejar de mencionar un texto como “José Emilio Pacheco y su comprensión del apocalipsis” (*Insistencias*, Bogotá, Ariel, 1998, pp. 205-217), no solo porque bien puede incorporarse la poesía de José Emilio Pacheco a esta serie de autorretratos involuntarios, sino porque viene a ser el último clásico-moderno acompañante de otros nombres “hermanos”: Quevedo, Vallejo y Borges –en el que Gutiérrez ve proximidades sugestivas y de fondo con la poesía de Pacheco. Pero el hecho de enfatizar la presentación de Gutiérrez Girardot como lector de poesía puede tener alguna otra implicación.

Muy a finales de los años 70, cuando iniciaba mi trabajo en el CELARG, existía una polarización bastante marcada, sin duda derivación de los agitados años 60, entre agentes de la “crítica como creación” y personeros de la Nueva Crítica Latinoamericana, en especial en torno a Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, donde la confrontación quedaba constituida por un ejército de “poetas” y el bando de los sureños (Rama, Osorio, Achugar...). Más que desarrollar tal polarización, me interesa rescatar una tendencia que me llamaba la atención: la repartición de los géneros: la poesía para los primeros; el resto de los géneros para los “sureños”. (Obviamente hay excepciones: Rama, entre otros, le dedicó un libro a José Antonio Ramos Sucre). Quiero pensar que tal repartición de géneros no obedecía finalmente a una cierta comodidad o a una sacralización de “poeta muerto en sociedad”, o a cierto temor e incompetencia? o a deleznales inconscientes simbólicos del tipo masculino/femenino... (aunque algo de eso hubo). Pero fuera de especulaciones, lo consistente y remarcable es esta otra “desviación” feliz del fuera de lugar Gutiérrez Girardot respecto de sus contextos.

Entre otros posibles, hay dos textos de Gutiérrez Girardot que, creo, ejemplifican cabalmente su apuesta entrelazada por lo polémico y lo clásico/moderno en su discurso; suerte de visión bifronte que pedía un mirar (nuevo y atento) hacia atrás para ver (mejor) hacia adelante. El menos logrado es un artículo sobre el *boom* latinoamericano que apareció originalmente en la revista *Quimera* en 1985: “Los olvidados: América sin realismos mágicos”²⁰, cuando el fenómeno que absorbió desde los años 60 el interés de un creciente mercado del libro literario exhibía ya incluso su “post” (*boom*). Su proposición central, ya para entonces poco novedosa,²¹ es que el *boom* no se creó de la nada, como reacción inédita ante los varios realismos que “asfixiaban” la embrizada imaginación latinoamericana, y que su “venta” como radical novedad, salvada medianamente por la incorporación relativa de autores como Borges, Onetti o Marechal –a los que Gutiérrez Girardot añade a Eduardo Mallea o Agustín Yáñez y, a medias, la trágica imposibilidad representacional en el último José María Arguedas, o sugerencias críticas de Henríquez Ureña o Reyes–, silenciaba una producción que funcionaba a modo de “condición de posibilidad” del

20 “Los olvidados: América sin realismos mágicos”, *Quimera*, N° 46-47 (1985), pp. 91-99. Posteriormente fue recogido en el libro *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (Bogotá, Temis, 1989) y en *Insistencias* (ed. cit.), edición que seguiré aquí. Respecto de los artículos publicados por Gutiérrez Girardot, puede revisarse: Rivas, Carlos, “Rafael Gutiérrez Girardot en la revista *Quimera* (1981-2003). Una antología ejemplar”, *Revista Chilena de Literatura*, N° 78 (2011), pp. 257-278.

21 Quizás Gutiérrez Girardot no pensaba en este caso en el mundo académico sino en espacios de divulgación dominados por textos como *La nueva novela hispanoamericana* (1969) de Carlos Fuentes. No pocas veces, Gutiérrez Girardot pecaba de lo mismo que achacaba como problema imperdonable en otros (Ortega y Gasset, Paz, Foucault...). Baste con recordar que respecto de la renovación de la narrativa latinoamericana, ya para 1985 Ángel Rama había publicado *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980* (Bogotá, Procultura, 1982), precedido por “Mezzo secolo di narrativa latinoamericana” (*Latinoamericana. 75 narratori*. Firenze, Vallecchi, 1973) y Nelson Osorio, entre otros, había publicado ya también “Para una caracterización histórica del vanguardismo literario hispanoamericano”, *Revista Iberoamericana*, N° 114-115 (1981), pp. 227-254.

boom: “esto es lo que desconocen los formalistas y los parásitos ‘críticos’ del *boom*, [...] los consumidores lucrativos de las oportunidades que les da el *boom*” (p. 237). Olvidos que, al ser marcados y reprochados, si bien “afeaban” la consagración en el mercado universal de un producto latinoamericano, preservaban para el futuro un bien más valioso: el conocimiento y la certeza de una cultura que se revelaba mucho más sólida de lo que se creía.

El otro, *Literatura y praxis en América Latina*²², tuvo su origen en un Seminario de Romanística en la Universidad de Bonn, en mayo 1973, organizado por Gutiérrez Girardot. En él, mientras Ángel Rama abordaba un texto de pretensiones teóricas, “Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica”, donde, por ejemplo, hablaba ya de “imaginario social” –mucho antes que Bronislaw Baczko–, Gutiérrez Girardot optaba por el rescate de una tradición en “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria hispanoamericana”. Esta intervención es seguramente uno de los primeros textos que marcan lo que con el tiempo sería uno de los objetivos primordiales –finalmente insatisfecho– de la “agenda” de la nueva crítica literaria latinoamericana: la renovación de la historia (social) de la literatura latinoamericana. Reconociendo tempranamente esa necesidad, Gutiérrez Girardot reta allí el ansia de novedad de esos años fijando lo que la tradición ofrecía como pauta ineludible para cualquier proyecto historiográfico: *Las corrientes literarias en la América hispana* (1945) de Henríquez Ureña. Y la aprecia como pauta, entre otras cosas, por asumir la historia de la literatura como una “filosofía de la historia” que aspiraba a establecer las expresiones constitutivas de la “utopía de América” –la “tabla de valores” que fijó en

22 Fernando Alegría (ed.), *Literatura y praxis en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1974. Las citas se harán por esta edición.

Seis ensayos en busca de nuestra expresión (1928)– y como un “proceso” que entendía la literatura como intrínsecamente articulada con otras manifestaciones de la serie cultural – prensa y revistas, arte o ciencia– y con la historia política y social (pp. 31-32). Dicha concepción de la historia como proceso se traducía en una “periodización histórico-social de la literatura” (p. 37), “dialéctica” más que pragmática (p. 38), contraria al modelo generacional imperante, mecanicista y conservador (*id.*), y pensada desde una “conciencia de emancipación, de unidad continental y de revolución social” (p. 40). Con este aparente “salto atrás”: la fijación de Henríquez Ureña como hito historiográfico, Gutiérrez Girardot pretendía, al romper el silencio construido en torno a *Las corrientes...*, cuestionar el auge de la estilística, seguido pronto por la moda estructuralista, y de las historias nacionales regidas por principios positivistas pseudocientíficos (pp. 43-45); ambas, expresiones “de conformismo disfrazado de ciencia, de asimilación servil de todo lo que viene de los Estados Unidos, [...] [y de] parroquialismo” (p. 45), y reclamar la necesidad de un nuevo orden investigativo, latinoamericano y utopista.

Por lo demás, no quedaría completo este primer autorretrato involuntario sin marcar la admiración de Gutiérrez Girardot por ese otro estilo de clásico-moderno que es el propio Pedro Henríquez Ureña de “La utopía de América” (1922) o “Patria de la justicia” (1925), ensayos, por cierto, producidos en los años de las “vanguardias históricas”, y las *Corrientes literarias de la América hispana* (1949). Aún más, podría decirse que estos ensayos y la empresa historiográfica de Henríquez Ureña funcionan en el colombiano, en lo que tiene que ver con su propio trabajo, como uno de sus modelos mayores y, si se quiere, como una suerte de héroe intelectual. Tanto así que Gutiérrez Girardot lo asentaría –aunque con signo inverso– en su “Prólogo” a *La utopía de América*:

Pedro Henríquez Ureña encarnó la figura del antihéroe literario en la República opulentamente patética de las letras latinoamericanas de su tiempo. Este antiheroísmo lo ha retribuido la perezosa posteridad latinoamericana con un apurado, pero pertinaz olvido memorable.²³

A ello habría que añadir que, a lo largo de la obra de Gutiérrez Girardot, Henríquez Ureña funcionará como pieza central de una selecta galería en la que el dominicano aparece acompañado por otros coetáneos suyos, igualmente “olvidados”: Alfonso Reyes o (en menor medida) Mariano Picón Salas.²⁴ Y si se pensase en el más lejano antecedente de esta reducida “galería” de intelectuales latinoamericanos clásico-modernos, modelos vivos del propio trabajo de Gutiérrez Girardot, habría que pensar sin dudas en Andrés Bello, cuyo papel fundacional del latinoamericanismo fue marcado en su momento por Henríquez Ureña en sus *Corrientes...*²⁵.

Mención especial de esta primera serie de autorretratos merece José Luis Romero, otra de sus capitales “afinidades

23 Gutiérrez Girardot. Rafael, “Prólogo” a Pedro Henríquez Ureña. *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987, pp. ix-x.

24 Sobre Alfonso Reyes, además de su inicial trabajo *La imagen de América en Alfonso Reyes* (Madrid, Ínsula, 1955), entre otros, el ya citado “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)” o “Alfonso Reyes o el futuro de América” (en *El intelectual y la historia*, ed. cit., pp. 35-43). Sobre Picón Salas, “Ensayo e historia en Mariano Picón Salas” (en *El intelectual y la historia*, ed. cit., pp. 151-157).

25 Testimonios de ese lugar privilegiado pueden hallarse, entre otros, en un capítulo de “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX” (publicado originalmente como un cuaderno por el Latin American Studies Center, University of Maryland; fruto de una pasantía de la Rockefeller Humanities Resident Fellow, 1989-1990, fue luego recogido en *El intelectual y la historia*, ed. cit., pp. 76-85) o en un extenso pasaje de “Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana” (*El intelectual y la historia*, ed. cit., pp. 131-134), pero también en su artículo “Andrés Bello y la filosofía” (*Insistencias*, ed. cit., pp. 9-21), dedicado a rescatar de lecturas impropias la obra mayor de Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento*, desatendida y malentendida por filósofos de oficio en España y América.

electivas”, lo más próximo en América Latina al arquitecto de una “historia total” de los procesos socioculturales articulados a una historia de las mentalidades, desde obras iniciales como *La Edad Media* (1949) a *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976)²⁶. Gutiérrez Girardot fue franco en la admiración que le despertaba la obra del argentino. En “Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero”, destaca tanto su voluntad de distanciarse de las modas imperantes para concentrarse en “un detallado examen de [...] los acontecimientos concretos, los movimientos sociales y políticos, las ideologías, las estructuras sociales y económicas”, y entregar así un riguroso “conocimiento fundado de las fuentes” y una particular “limpieza y precisión en la formación de conceptos” (pp. 263 y 264); como su apreciable contribución a la historia europea gracias precisamente a “su enfoque latinoamericano” (p. 265) y el modo en que ese conocimiento le permitió hacer juicio consistentes sobre la “originalidad” latinoamericana, esquivando “tipicismos” o esencialismos sobre el “ser de América” (p. 266).

Aparte de la coincidencia en modos de entender el trabajo científico y sus asumidos posicionamientos, la misma diversidad de intereses historiográficos de Romero (Europa y América) y la soltura de sus manejos, cuestionadores

26 Sobre *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Gutiérrez Girardot diría lo que señaló para Henríquez Ureña y sus coetáneos: “No deja de ser lamentablemente significativo que la obra de José Luis Romero haya tenido en los países de lengua española una acogida tan precaria” (“Temas y problemas...”, ed. cit., p. 111). De Gutiérrez Girardot sobre José Luis Romero puede consultarse: “Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero” (VV. AA., *De historia e historiadores*, México, Siglo XXI, 1983, pp. 85-94; reproducido en *Insistencias*, ed. cit., pp. 257-267; por el que citaré a continuación); su “Prólogo” a *Historia, sociedad, cultura y praxis política en José Luis Romero* (Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1995, pp. 9-26); el “Prólogo” a José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (Medellín, Universidad de Antioquia, 1999); o “La significación continental de José Luis Romero” (*Hispanérica: Revista de literatura*, Nº 88, 2001, pp. 3-20).

abiertos o implícitos de miradas eurocentristas, es también un punto en común con el trabajo de Gutiérrez Girardot, para quien su apasionado latinoamericanismo sólo podía plantarse con firmeza a condición de ser cosmopolita, es decir, en la medida que supusiera el conocimiento lo más pleno posible de la cultura europea, como para fundamentar con solvencia sus juicios sobre el valor del pensamiento o la literatura latinoamericana. (No en vano, a propósito de Romero, Gutiérrez Girardot (en p. 265) invoca a Borges: “que nuestra tradición es Europa y que tenemos derecho a esa tradición”). Pero José Luis Romero, el otro gran modelo intelectual junto a Henríquez Ureña, no solo permite entender especularmente la inflexión clásica de la vanguardia o la cosmopolita del latinoamericanismo de Gutiérrez Girardot. Hay otro elemento que establece un tejido que nuclea la galería de héroes intelectuales –todos, de Bello a Romero, involucrados en tiempos que reclamaban cambios históricos–, con los que Gutiérrez, de algún modo, se “ nombra ” a sí mismo: la “confianza humanista e ilustrada” (p. 261).

Segundo autorretrato: El polemista

No sé hasta qué punto concurrían a la vez deber crítico y placer en Gutiérrez Girardot a la hora de presentar el costado menos frecuente de textos y autores. Así, por ejemplo, no dudaba en entregar fragmentos “incómodos” y riesgosos de César Vallejo:

Existe una palabra que ha causado y causa confusiones inextricables: la palabra ‘revolución’. Esta palabra ha perdido, con frecuencia, su alcance y contenidos vitales, para convertirse en máscara, del impostor,

del renegado y del oportunista. ¡Qué tráfico de aventureros, de cobardes y traidores, se ha consumado al amparo de esa contraseña de comadres! ¡Qué contrabando de ideas, de personas y arribismos, se ha perpetrado al amparo de este pasaporte!²⁷

Un riesgo similar decidió asumir Gutiérrez Girardot al menos desde los años 70: al construir una nutrida casa de “enemistades electivas”. Es justamente su compulsivo y consciente talante polémico, a veces incluso recurriendo al más duro sarcasmo, la imagen como intelectual por la que más fácilmente fuese “distinguido” Rafael Gutiérrez Girardot, a veces, quizás, en detrimento de sus mejores propuestas crítico-historiográficas. Títulos como *Provocaciones* o *Heterodoxias* sirven de obvia proa.

Un texto de Gutiérrez Girardot que apostaría ha pasado inadvertido (¿por tratarse de un alemán?), el citado “Hugo Ball o la circunferencia de la vanguardia”, funciona ejemplarmente para esta serie de involuntarios autorretratos o alter-egos. En él, presenta de partida al dadaísta como un “polemista político y ‘francotirador’” (p. 84). Ambos términos se avienen al colombiano, pero hay un tercer elemento crucial que los unifica (y que también corresponde a Vallejo, con quien comparte el alemán el ansia de redención final de un espíritu sometido al vacío desolador del hombre moderno): la independencia de criterio. “Ball desvela [...] la naturaleza de la inteligencia comprometida no con un partido sino consigo misma, con la pasión del conocimiento” (p. 102), dice Gutiérrez Girardot, contando para ello con la confesión del propio Hugo Ball: “No pertenezco a ninguna facción; las combatiré todas” (p. 103). Por eso, aunque fuese

27 Vallejo, César, “Escollidos de la crítica Marxista”, *El arte y la revolución*, tomado de Rafael Gutiérrez Girardot en “César Vallejo y Walter Benjamin”, *César Vallejo y la muerte de Dios*, ed. cit., p. 164.

más “visible” por su quehacer como agitador dadaísta, en su *Para una crítica de la inteligencia alemana*, Ball no temerá afrontar la crítica radical de los pilares de la cultura alemana: Lutero –en especial–, Kant o Hegel (p. 86)... ni pagar sus consecuencias: “por su independencia [...] sufrió el castigo que depara la sociedad masculino-chismosa y gregaria de su país a quien no se integra en el rebaño de lobos con piel de oveja, esto es, la reticencia, el olvido premeditado y la marginación oportunista” (p. 84).²⁸ De cara a su campo intelectual, Ball será, como Henríquez Ureña, un antihéroe, aunque con ribetes más dramáticos: un “crucificado” (p. 87).

No obstante, en ese mismo texto, Gutiérrez Girardot avanza una afirmación cuya lucidez trasvasa los alcances o problemas de la crítica de Hugo Ball para expandirse (como algo más que una sombra y tal vez autocriticamente) sobre la propia ensayística del colombiano. A propósito de las reflexiones de Ball sobre Lutero, Gutiérrez llega a señalar: “el intento polémico sofoca naturalmente la fundamentación detallada de las contrapropuestas” (p. 95). Para ambos casos se marcan los límites de la polémica, su riesgo mayor. Y no obstante al “no obstante”, volviendo a Pero Grullo... ¿no es la provocación –brazo hiperbólico de la polémica– un vehículo frecuente de toda vanguardia y, por ende, condición de posibilidad del cambio? O aún más: ¿no funciona la polémica en los mejores casos como agente expresivo de

28 Por cierto que frecuentemente Gutiérrez Girardot se expresará en términos similares de la intelectualidad y el mundo cultural español o el latinoamericano, y con un verbo aún más encendido y sarcástico cuando le corresponda el turno a la universidad o la aristocracia colombiana. De momento, para ejemplificar, me quedo con un delicioso fragmento de engañoso sabor a candorosa crónica de viajero que Gutiérrez Girardot le dedica a la universidad colombiana: “Cerca de la iglesia de las Aguas y del monumento a Policarpa Salvatierra y del domicilio de una fábrica de cerveza, se instaló una fábrica llamada Universidad que produce calcomanías de Mickey Rooney, encarnación del universitario norteamericano tan superficial como ‘pendejo’ y que debió constituir una decisiva vivencia cultural del eximio fundador de esa institución” (en “La crítica a la aristocracia bogotana en Gabriel García Márquez y R.H. Moreno Durán”, ed. cit., p. 200).

la razón crítica y no constituye esta la médula desde la que se erige el mundo moderno? Por lo demás, si bien existe el peligro de que el lector se quede con el gesto y no con la argumentación,²⁹ existe, al menos en el caso de Gutiérrez Girardot, la no menor compensación del frecuente recurso al humor, algo cada vez más infrecuente en el medio universitario, donde no pocas veces se confunde la pose adusta de lo grave con lo ¿científico?

Más allá de asuntos de “personalidad”, los años 60 y 70 fueron un caldo de cultivo propicio para el desarrollo del Gutiérrez Girardot polemista, que veía en su época una fase decadente y enmascaradamente totalitaria del capitalismo, alimento inminente de dictaduras y nuevos nazismos, y cuyo mejor símbolo era la idea de confort (o confort-mismo) que encarnó en la clases medias (académicas incluidas) surgidas en el promediar del siglo, sustento del nacionalismo desarrollista y servil, y en las hollywoodenses aristocracias latinoamericanas, comprometidas con “la incongruencia de quien cree que la mejor manera de gobernar es la abdicación [ante EE.UU.]” y cuyo ideal “consistió en una mezcla de Jorge Negrete y Robert Taylor [...], de charro y eficiente galán moderno norteamericano, de una América folklórica y una Norteamérica confortable, de ranchera y foxtrot”³⁰. Desde ese punto de partida, su talante polémico, sus provocaciones, estuvieron orientadas a la crítica de la realidad histórica y sus poderes; crítica

29 El propio Gutiérrez Girardot lo advertía su firme defensa de los “excesos” de toda polémica, cuando, a propósito del manejo de la polémica en Sarmiento, afirmaba: “suponer que una polémica diferencia minuciosamente sus tesis es tanto como esperar que el polemista [sea] medurado [...]”. La polémica deja de ser polémica y puede convertirse en el formulario simple de una encuesta estadística” (en “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”, *El intelectual y la historia*, ed. cit., p. 88).

30 Gutiérrez Girardot, Rafael, “Prólogo”, *Pedro Henríquez Ureña. La utopía de América*, ed. cit., pp. xiv-xv.

centrada de preferencia en el campo intelectual –los poderes del saber–, sin por ello esquivar pasajes o textos sobre otras instancias más decisivas (las “aristocracias”, la iglesia, ciertos marxismos, los totalitarismos, las exclusiones sociales...), y casi siempre haciendo énfasis en la articulación de figuras y proyectos intelectuales con las políticas de esas otras instancias. La polémica era, pues, mucho más que un estilo o un gesto de parte de Gutiérrez Girardot; tenía su “fundamento”: la crítica utopista de todo poder ilegítimo e injusto y la defensa del conocimiento.

En el “Preliminar” de *Provocaciones*, seguramente Gutiérrez Girardot ya conocedor de su fama como polemista, daba la vuelta a la tortilla: las provocaciones más radicales procedían de la realidad que suscitaba las suyas: sea de “la santanderina República, de la Dictadura embozada y sutilmente terrorista de los socarrechos y archiniegas, es una provocación”³¹; del “racista” Ortega y Gasset, exaltado en Colombia y España por “la carencia de crítica” (p. 8); o la invención del “‘realismo mágico’ [...] solamente un síntoma de la petrificación de una ciencia, la ‘filología hispánica’”, que “se detiene a contemplar una mancha de aceite y no ve la totalidad y la grandeza del cuadro” (p. 9); u Octavio Paz: “no hay probablemente mayor provocación que la confusión apodíctica y el exhibicionismo arrogante y semicultural del poeta cósmico” (p. 13). “Enemigos” alérgicos a la “discusión fundada, crítica, juicio libre, exclusión de mitos, es decir, cuestionamiento de toda simulación” (p. 12). De hecho, la adopción acrítica de figuras y modelos teóricos, especialmente los “deshistorizantes” y carentes de rigor, causantes de “olvidos” de autores y textos que Gutiérrez Girardot consideraba genuinos y sólidos ejemplares del pensamiento moderno, probablemente fuese el

31 *Provocaciones*, ed. cit., p. 7.

objetivo principal de su actitud polémica. Así, Gutiérrez Girardot, calificaba al formalismo ruso (Sklovsky) o checo (Mukarovsky) de “cielo de las perogrulladas”, “equivalencia científica del canto grave de los cosacos y del alma rusa”; o de “arroz con mango”, las proposiciones teóricas de Barthes, Macherey, Foucault..., por haber “contribuido considerablemente al enriquecimiento de la ciencia literaria: con el rigor verbal de los análisis, y con la liquidación de la historiografía literaria”³².

En no pocos casos, sus juicios sobre o contra los distintos formalismos o su animadversión hacia ciertas figuras (Paz, Ortega y Gasset, Mariátegui, Foucault...) tomaba pie en la revelación de algo más que “gazapos”:

Foucault [...] aseguró que su *Historia de la sexualidad* (1982) era la primera que hasta entonces se había hecho. Bajo otro nombre, *Historia de las costumbres sexuales*, el marxista no leninista Eduard Fuchs había publicado entre 1909 y 1912 una historia de la sexualidad desde la Edad Media hasta la era burguesa, que documentaba esa historia además con las manifestaciones de esa sexualidad en el arte.³³

Otros saldrían incluso peor parados: “Amado Alonso supone, muy peninsularmente, que la novedad de la *Gramática* de Bello no se debe a Bello, sino a Humboldt, a Alejandro, quien en un acto profético informó al adolescente Bello a su paso por Caracas sobre la teoría gramatical de su hermano, que todavía no había formulado”³⁴. Con ello Amado Alonso, autor del prólogo a la *Gramática...* en la edición de las *Obras completas*, en su afán de “minusvalorar a un hispanoamericano”, sería ejemplo del “cretinismo

32 “Prólogo”, Pedro Henríquez Ureña. *La utopía de América*, ed. cit., p. xxviii.

33 “Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana”, *El intelectual y la historia*, ed. cit., p. 146.

34 Ob. cit., p. 132.

histórico”³⁵. (Otro pilar de la estilística hispánica, Carlos Bousoño, sufriría con más frecuencia y saña sus dardos).

No tan al margen, debe decirse que España, junto a Colombia y quizás Alemania, fue de los países donde mayor reconocimiento tuvo Gutiérrez Girardot, y no solo porque allí se dictaron y publicaron buena parte de sus conferencias y libros. Quizás no solo tampoco por las muchas páginas lúcidas (y amorosas) dedicadas a grandes escritores pero insuficientemente apreciados (Antonio Machado, Jorge Guillén), sino porque algunos sectores intelectuales o académicos se vieron (auto-)representados en la demolidora crítica y por las provocaciones que ejerció contra figuras de gran cartel y patas de palo, favorecidos por un medio donde su discusión era poco menos que impensable. Ya para 1977, en “Sobre el modernismo”, denunciaba la mirada colonial (y machista) de figuras como Guillermo Díaz Plaja o Pedro Salinas, quienes asignaban roles femeninos al modernismo hispanoamericano de Darío frente a la “reciedumbre” unamuniana de la Generación del 98. Gutiérrez Girardot replicaba sin complejos:

muy difícilmente han podido explotar los totalitarismos el modernismo como fuente de sus consignas y de su ideología. Los discursos de José Antonio Primo de Rivera, en cambio, están llenos de tácitas o expresas referencias a los padres e hijos del 98 [...]. El modernismo no es fascistizable, el 98 en cambio es prefascista.³⁶

35 No obstante, Gutiérrez Girardot, quizás por elegancia mas no con justicia, no se ensaña del mismo modo con el responsable último de la edición: ¡el Ministerio de Educación de Venezuela! Y eso, claro, es un problema.

36 Aunque publicado inicialmente en la revista *Escritura* (Nº 4, 1977), cito por Sosnowski, Saúl, *Lectura crítica de la literatura*, Tomo II, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1997, p. 269.

Sin duda su “blanco” hispánico preferido fue Ortega y Gasset. Si bien podía aparecer integrado a su crítica del irracionalismo bergsonian o heideggeriano, favorecedores de “la carencia de auténtico rigor intelectual”, por negar la posibilidad de un pensamiento sistemático de “método crítico y exposición coherente de los resultados de una investigación”, perpetuando así el peso de “la fe [...] sustituida por la intuición”, con el rechazo “del conocimiento y de la discusión crítica de la historia del pensamiento”³⁷, Ortega y Gasset participaba además de otra “categoría” –compartida protagónicamente con Octavio Paz–: la “liliputiense gigantomaquia”³⁸ de ensayistas cortos de miras y llenos de sí mismos.

En *Provocaciones*, Gutiérrez Girardot incluye dos textos dedicados a Ortega y Gasset escritos en dos registros bien diferenciados pero que satisfacen un mismo objetivo: la demolición de un ídolo. Uno: “José Ortega y Gasset en el primer centenario de su nacimiento”, es una conferencia dictada en España, trabajo de tono mesurado, pesquisa entre filológica y detectivesca que demuestra puntualmente cómo las relaciones de Ortega con filósofos alemanes coetáneos de las que se ufano en sus ensayos o no existieron o fueron no correspondidas. Otro: “Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa”, publicado en la revista *Quimera* (Nº 103-104, 1991), es una abierta provocación al “Dios simulador”, burla feroz que toma pie en una cita del propio Ortega: “no podría decir [...] cuál es la proximidad entre la filosofía de Heidegger y la que ha inspirado siempre mis escritos, entre otras cosas, porque la obra de Heidegger no está aún concluida, ni, por otra parte, mis pensamientos adecuadamente desarrollados en *forma impresa*”³⁹. Recuer-

37 “Prólogo” a *La utopía de América*, ed. cit., pp. xvi-xvii.

38 Gutiérrez Girardot, *César Vallejo y la muerte de Dios*, ed. cit., p.176.

39 *Provocaciones*, ed. cit., p. 122. Las siguientes citas corresponden a esta edición.

da gozosamente cómo *La Codorniz* lo proclamó: “Primer filósofo de España y Quinto de Alemania” (p. 123), considera muchos de sus juicios como “desafueros de rastacuerismo” (p. 126) o “cantinflada involuntaria” (pp. 130-131), y lo trata de “estafador” (p. 126), por no perdonar su “simulación de ciencia” (p. 133), tal como Franco “simuló pomposamente el Imperio” (p. 136). Más allá del tono encendido, está claro que Gutiérrez Girardot aporta, en ambos textos, pruebas para sustentar su juicio condenatorio:

Con la novedad, introdujo lo que sofoca la posibilidad de asimilar y acrecentar la novedad; introdujo la simulación de ciencia, el truco bibliográfico [...], el arte peculiar de la ‘inlectura’ [...], la justificación ‘importantista’ del balbuceo, la adquisición de fama científica mediante el chulesco ademán de estrecha amistad con los grandes, en otras palabras; una especie de onanismo [...] que Ortega encubrió con gesto majestuoso (p. 133).⁴⁰

40 Aunque no alcanzasen tal clímax, los dardos Gutiérrez Girardot rozaron también a pensadores como Mariátegui, Augusto Salazar Bondy, el hispano-mexicano José Gaos o Leopoldo Zea. Pero para el caso de América Latina, Gutiérrez Girardot reservó casi todo su “veneno” para la figura de Octavio Paz en “Notas al margen de *El arco y la lira* de Octavio Paz” (*Provocaciones*, pp. 15-28): “Los lectores que se emocionan con las cataratas sonoras del narciso telúrico Neruda o con las verbosidades peninsulares de León Felipe o con las ternuras materno-lácteas de Gabriela Mistral encontrarán en la obra del filósofo, helenista, sociólogo, germanista, anglista, galorromanista, hispanista, orientalista y místico mexicano Octavio Paz, esto es, *El arco y la lira*, ocasiones de sobra para satisfacer de modo alucinante la curiosa necesidad de embriagarse con nebulosidades. A juzgar por la larga vida que el Señor y, sin duda, los mitos aztecas concedieron a este libro, debe haber en los países de lengua española un considerable número de analfabetos que todavía confunde la caricia retórica del sermón enmarcado en incienso y sonidos ventosos del órgano coral con el uso modesto de la facultad de pensar” (p. 15). Publicado el libro de Paz en 1956, su éxito contrasta, para Gutiérrez Girardot, con el silencio que pesa sobre obras de la década anterior (de Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas, Francisco Romero o José Antonio Portuondo), con lo que se perdió para el ensayo “soltura y saber, claridad y orden de la exposición y precisión conceptual, acompañados de un estilo terso y elegante” (p. 16). “Epígono de Ortega y Gasset –en Cataluña se

Pero la polémica, por la vía de las goethianas “afinidades electivas”, frase a la que Gutiérrez recurrirá en más de una ocasión, y como había señalado ya en el prólogo a *El intelectual y la historia*, tendrá su costado positivo: la de la “galería” de grandes polemistas latinoamericanos. Así, la polémica, en el ya citado “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”, permitirá a Gutiérrez Girardot establecer una suerte de historia intelectual en la que destacan los fundadores del “arte de la justa injuria” (p. 104) en América Latina y, por supuesto, en la que Gutiérrez Girardot se proyecta y autorretrata: de Fernández de Lizardi a González Prada, pasando por Sarmiento o Montalvo, “el ataque a la persona o a las instituciones [...] era un ataque, una crítica ‘ilustrada’ a las visiones del mundo y a las situaciones sociales y políticas que se cristalizaron en ellas” (p. 70). Esa razón, la crítica política o de políticas, expresadas por “arte” de la polémica, nucleará el elogio de sus modelos intelectuales y funcionará como justificante de partida de su propio ejercicio.⁴¹

lo llamó ‘Ortega y Gasset con poncho’-, Octavio Paz es, como su inspirador y ejemplo, un pomposo simulador de cultura” (pp. 18-19). “Oh! Paz”, como lo llama repetidas veces, a modo de sarcástica letanía, seguidor del reaccionario E.R. Curtius, antípoda de Borges y Alfonso Reyes, “cacique intelectual y universal”, “[e]s el exótico con el que Latinoamérica contribuye a la necesidad de folclore del mundo curiosamente civilizado, el precio que paga el subdesarrollo voluntario para ser consagrado internacionalmente” (p. 28).

- 41 Hay también otro tipo de proposiciones que, sin tener la apariencia de la polémica o la provocación, resultan funcionar en la práctica como tales. Por ejemplo, pensando en cierta crítica rígida que se quiere de izquierdas, así funciona su inclusión admirativa de Andrés Bello como figura central de su latinoamericanismo y como modelo de sí mismo; o el arriesgado (y por ende irreverente) rescate de otras figuras intelectuales asociadas (justamente) al conservadurismo. Decía en mi prólogo a *El intelectual y la historia*: “Aunque parezca paradójico, dicho rescate parte de una concepción radicalmente racionalista de la democracia como práctica político-intelectual llevada al terreno del ensayo crítico o historiográfico. La idea de que ‘una izquierda sin derecha conduce siempre a un dogmatismo, esto es, a una sustitución de la derecha bajo la máscara de izquierda’ [...] hará que [...] Gutiérrez Girardot asigne un papel de relieve a intelectuales como René Gabriel Moreno, Miguel Antonio Caro y José de la Riva Agüero, al reconocerlos como

Por lo demás, la crítica polémica, provocadora, de Gutiérrez Girardot afectaba zonas altamente “sensibles” de las discusiones sobre/en América Latina. Con mayor o menor acierto, practicaba un discurso políticamente incorrecto, a veces hasta la mofa, a propósito de “grandes temas” de una data más larga de lo deseable y que aún hoy muestran su resistencia a desaparecer. A veces simplificando –con premeditación o no– la historia de ciertas discusiones o reduciéndolas a las posiciones menos complejas y más difíciles de sostener, como para facilitar el ataque; es el caso de cierto tipo de “indigenismo”:

Todos los intentos de ‘redención’ del indio, los diversos ‘indigenismos’ fracasaron no sólo porque se enfrentaron a la situación con argumentos abstractos y con sentimentalismos intimidantes ni, sobre todo, porque lo colocaron en un marco político maniqueo, de retrasado cuño rousseauiano (el buen salvaje pervertido por la civilización), sino principalmente porque no tomaron en cuenta el hecho de que antes de ‘civilizar’ al indio había de ‘civilizar’ a sus pretendidos civilizadores: a la supuesta y pretendida aristocracia de papel crepé, cuya única gran contribución a la cultura occidental consiste en dar material abundante para una Historia universal del Kitsch.⁴²

‘indispensable[s] complemento[s]’ de la construcción de la modernidad latinoamericana. Y ello es válido tanto para aquellos ideólogos que, como Caro, asientan nexos con el pasado [...] hispano o latino, como para aquellos que, como Moreno, dedicaron buena parte de sus energías a ‘la tarea de conservar’ [...]. Ambas actitudes, constituyentes de tradición, proveerán de condición de existencia a la opinión pública, que para Gutiérrez Girardot quiere decir: ‘discusión, sin [la] cual desaparece lo que justifica la política y en vez de contraposición de razones se convierte en lucha de dogmatismos’; en otras palabras, servirán de fundamento a la crítica (Lasarte Valcárcel, Javier, “Gutiérrez Girardot: polémica y utopía”, en *El intelectual y la historia*, ed. cit., pp. 10-11).

42 En “La crítica a la aristocracia bogotana en Gabriel García Márquez y R.H. Moreno Durán”, ed. cit., p. 190.

Otras, desplegando su agudeza para contribuir a una trabajosa demolición: el *affair* “identidad”. Aunque intelectuales ensayistas o académicos como José Ignacio Cabrujas (“Se busca la identidad viva o muerta. Preferiblemente muerta”), Carlos Monsiváis o Néstor García Canclini, y no pocos libros “teóricos” de los 60 al fin de siglo, hayan dedicado no pocas páginas a mostrar tal entelequia “folclórica” como idea necesariamente reduccionista y excluyente, pasto de nacionalismos fundamentalistas o instrumento de populismos demagógicos, de índole siempre conservadora y propicia a los totalitarismos, su uso en discursos políticos o culturales es aún hoy en día de una fortaleza temible, con la anuencia de sectores significativos de cualquier población de Ecuador o Venezuela a Estados Unidos o Francia.

Así, Gutiérrez Girardot recordaba, en “La identidad hispanoamericana”, que el asunto de la identidad fue en Europa, más que un “problema”, asunto de “ideología en el más prístino sentido de tal concepto en Marx”⁴³, pues fue artefacto cultural que sirvió de argamasa para la consolidación de la burguesía y los Estados nacionales, y para justificar actos de coloniaje ante estados considerados como inmaduros e inferiores (pp. 202-203). Y denunciaba su carácter instrumental en mano de lo que él llamaba las “aristocracias latinoamericanas”. Ante el reclamo de Bolívar (“Uncido el Pueblo Americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio”) quería Gutiérrez Girardot desenmas-carar su trasfondo:

El triunfo de estos obstáculos poderosos, irresponsables y viles no plantea un problema de identidad [...]. Es el problema de un estrato social, llamado clase dirigente o aristocracia, según el caso, cuyos miembros

43 En *Provocaciones*, ed. cit., p. 202.

u hombres, que están por debajo del mal y al margen del bien, se empeñan [...] en diversificar y ornamentar el delito para presentarlo como norma ideal y lógica de convivencia y de justicia. Es el hombre prehistórico de Neanderthal que se escapó de sus tumbas y se vistió de frac. El problema es, pues, el de la supervivencia y la constancia de esos fantasmas [...]. Hablar de identidad, en cualquier sentido, equivale a distraer de esta oprobiosa realidad (p. 205).

En otro sentido, Gutiérrez Girardot recordaba también la lúcida respuesta que Alfonso Reyes dio al historiador argentino Ricardo Rojas cuando pesquisaba sobre una “fórmula ya hecha, fácil y prontamente asimilable” de identidad nacional: “Felicitémonos [...] de que no se haya inventado hasta hoy un comprimido Bayer que nos permita ingerir, de un trago, toda la conciencia nacional” (p. 207). Con Reyes, pedía leer los libros “no como catecismos o manuales de confesionario y comulgatorio para almas afligidas que han perdido la orientación de su parroquia” (p. 208), al tiempo que buscaba desacreditar tal entelequia como posible punto de partida de cualquier intento historiográfico: “¿Hay motivos convincentes, fundados de modo sólidamente conceptual, para analizar la historia de la literatura hispanoamericana con un concepto historiológicamente anacrónico y literariamente inepto como el de ‘identidad’?” (p. 209).⁴⁴

44 Esta ocurrencia y feliz respuesta de Reyes, Gutiérrez Girardot la repite al menos en otros dos textos. Uno de ellos, “Mestizaje y comopolitismo: perspectivas de interpretaciones literarias y sociológicas de América Latina” (en *Insistencias*, ob. cit., pp. 241-256), en tanto aborda otro “gran tema” sobre América Latina, implicado con frecuencia en el de identidad, pues una de sus fórmulas históricas y “exitosas” ha sido la del “continente mestizo”, retoma además parcialmente su argumentación (por ejemplo, su insuficiencia en tanto concepto para explicar cultural o sociológicamente América Latina o su proveniencia de las operaciones simbólicas depuradoras y racistas que contribuyeron a consolidar el establecimiento de los Estados-nación), aunque me

Final con “peros”, tinos y una asignatura no superada

“Peros”

Además de algunos “excesivos” excesos o injusticias que el verbo provocador comete contra “personas e instituciones”, con el riesgo siempre latente de perder seguidores o de entrar en contradicción con su propio proceder, el trabajo crítico de Gutiérrez Girardot plantea de hecho problemas de mayor “calado”, que trascienden opciones de estilo, gustos o (in-)tolerancias.

A Beatriz Sarlo, por ejemplo, se le hicieron en su momento duras críticas desde los estudios culturales y postcoloniales latinoamericanos a partir de textos como *Escenas de la vida postmoderna* (1994) o “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”⁴⁵. Más allá de muchas

atrevería a decir que supera en factura y solidez al de “La identidad hispanoamericana”. No faltan en ella provocaciones como los recordatorios de que Europa ha estado atravesada por procesos de mestizaje (que han “afectado” directamente a figuras como Goethe o Thomas Mann), siendo así naciones más “blanqueadas” que “blancas”; y además ofrece un panorama histórico del peso real de los componentes raciales y de sus procesamiento en América Latina, incluyendo a intelectuales que lograron trascender las limitaciones de tales manejos (Andrés Bello, Rubén Darío, Alfonso Reyes, –muy discutiblemente– José Vasconcelos, Borges...), en favor de aperturas cosmopolitas que se tradujeron, más allá de las apariencias de dilemas rígidos y pobres, en obras sólidas sobre las que poder asentar originalidades o diferencias, y a otros que no lograron escapar al “juego de las razas” (Ugarte, Bunge, Martínez Estrada, Paz).

- 45 Conferencia dictada en Duke University (1996) y publicada en *Revista de Crítica Cultural*, N° 15 (1997), pp. 32-38. Y aún podría incluirse su participación en la Mesa “Literatura y valor” del Congreso de la Asociación Brasileña de Literatura Comparada (Florianópolis, 1998), recogida en Sarah de Mojica (comp.), *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas-No simultaneidad-Modernidad periférica* (Bogotá-Berlín, Pontificia Universidad Javeriana-Wissenschaftlicher Verlag, 2001). Para el caso de las críticas a las posiciones de Sarlo, puede revisarse, entre otros: Mabel Moraña, *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericana*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2004; o Alfredo Laverde Ospina, “Estudios culturales/crítica literaria: ¿una contradicción insuperable?”, en *Acta literaria*, N° 49 (2014).

obvias diferencias entre Sarlo y Gutiérrez Girardot, puede que cuando menos los una la independencia crítica respecto de grupos y sistemas o modas, la agudeza de sus lecturas –algo cada vez menos usual– y la convicción de la que la aproximación a la literatura privilegie el diálogo que los textos establecen con su tradición, el campo cultural, la sociedad y el momento en que se producen y al que responden. Quizás también podrían compartir, de un modo general, las objeciones a las valientes y muy discutidas proposiciones de Sarlo, enfocadas especialmente, por un lado, en su defensa del “valor” artístico/estético y social de la obra literaria, por su potencialidad crítica respecto de sus “afueras”, en un momento en que hablar de literatura resultaba poco menos que pecaminoso o trasnochado en los auditorios de las élites académicas *à la page* de las dos Américas, ante las que Sarlo asentaba sus reservas sobre los cambios epistemológicos de la posmodernidad; cambios, por cierto, de los que Sarlo, a diferencia de Gutiérrez Girardot, no solo era totalmente consciente: “hablaba” a partir de su reconocimiento. Y por otro, de modo concomitante, en su rotunda defensa de la función crítica y, quizás, “con o sin nostalgia”, del lugar social que, como conciencia crítica, cabría corresponder al intelectual en estos tiempos de cambios y, por ende, de su “valor”.

Y si hubiese la tentación de reprochar una suerte de índole neoilustrada del discurso de Sarlo, ¿qué decir del de Gutiérrez Girardot, que gustosamente la aceptaría? Aún más, no solo daba por sentado el asunto del valor estético o social de la literatura,⁴⁶ sino que, como heredero de

46 Aunque al menos en un par de momentos (en “Revisión de la historiografía literaria hispanoamericana”, *Aproximaciones*, Bogotá, Procultura 1986, p. 27; y en “Temas y problemas...”, ed. cit., p. 113) se refiera a la necesidad de incorporar a una historia social de la literatura, su versión “rosa”, más que como la reivindicación de la telenovela que haría por entonces Martín Barbero, Gutiérrez Girardot pensaba tan sólo en la posibilidad de reconstruir un panorama general de las mentalidades actuantes en la sociedad y la cultura.

la “tabla de valores” de Henríquez Ureña –y esto es una de las notables diferencias con los trabajos de Sarlo– Gutiérrez Girardot confería una “importancia casi mítica [al] intelectual”⁴⁷, al punto de figurarlo, si no como nuevo sacerdote o profeta, sí como titán o héroe, sujeto de una especie de mega-misión. Un pasaje de “Temas y problemas...” es definitivo al respecto:

Estas sociedades vejadas por quienes deberían defenderlas y dirigirlas, tienen hoy un único soporte y esperanza de recuperar su fuerza unitaria, y éste es el intelectual. Pero esta gigantesca tarea que corresponde al intelectual no es realizable sin esa nota que caracterizó a los arquitectos de América en el siglo XIX, esto es, responsabilidad y pasión intelectual (p. 147).

Tal posicionamiento, que no puedo compartir, no hará más que fijar a la inversa una dinámica en última instancia maniquea que permeará su visualización y valoración de la historia intelectual y cultural en términos de héroes/antihéroes, afinidades/enemistades, genuinos/simuladores...⁴⁸

47 Zuleta Álvarez, Enrique, “Sociedad, historia y literatura en la crítica de Rafael Gutiérrez Girardot”, en Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez-Girardot, Rodrigo Zuleta (comps.), *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*, Frankfurt, Vervuert Verlag, 1993, p. 19.

48 Lo que no deja de ser paradójico es que al respecto me hago eco de una observación de Gutiérrez Girardot, cuya “autoridad”, más allá de las críticas, concedo con gusto, para apoyar esta distancia crítica respecto de su propio trabajo. En el ya citado “Mestizaje y cosmopolitismo...”, Gutiérrez asentaba el problema y la limitación de la “parcialidad temática”, dispuesta a exaltar las bondades de una literatura mestiza o indigenista, en detrimento de obras y autores cosmopolitas, del siguiente modo: “Al declarar que la autenticidad latinoamericana de la literatura depende exclusivamente del tema regional o indígena, dictaminó prácticamente quién y qué es latinoamericano auténtico y qué o quién no lo es. Creó, pues, una situación de ‘amigo-enemigo’ y favoreció el populismo que invocaba la autenticidad no sólo racial-social sino la autenticidad moral-patriótica. Se dibujó una imagen del blanco, extranjero y nacional, capitalista, que obedecía en parte a la realidad, pero que era considerablemente indiferenciada” (p. 252).

Más allá de que tal dinámica enlace con la idea del “gran hombre” (o la gran mujer) –y no es que rechace del todo la idea de una jerarquización siempre arriesgada–, creo que el problema es cómo este tipo de representaciones radicalizadas afectan el propio sentido crítico, aún más desde una perspectiva historiográfica; lo que deriva en una lectura de la historia o la actualidad extrema más que razonable, aun concediendo que la ausencia de discriminación puede derivar con facilidad en prácticas (ponderadamente) demagógicas o en farragosos listados carentes de compromiso crítico. Ello propicia que las “afinidades electivas”, los héroes modernos de Gutiérrez Girardot –Bello, Sarmiento, Henríquez Ureña, Reyes, Vallejo, Romero, Borges, García Márquez, Pacheco...– sean figuras sujetas sí a una lectura crítica en muchos casos lúcida respecto de sus aciertos y alcances, pero no problematizadora, como si se tratasen de figuras sin fisuras;⁴⁹ mientras que los “otros”, los falsos ídolos, solo parecen merecer la provocación, si no la burla.

Pero si bien asiento mi distancia de posiciones como estas de Gutiérrez Girardot (o Sarlo), por lo mismo, menos me resulta aceptable el rechazo radical a obras intelectuales de primer orden, sea por diferencias, desfases históricos o cognoscitivos, inconsistencias, provocaciones..., especialmente si provienen de instancias que, pretendiendo superar posiciones o modos de visualizar los fenómenos sociales excluyentes o agotados o ideologizadores, lo hacen desde “lugares” no siempre ajenos a la vedettización, a poses o gestos sacralizadores o a juicios tribunicios y nuevas fórmulas finalmente tan excluyentes

49 Tal actitud es clara en sus textos sobre sus héroes intelectuales más inmediatos (Henríquez Ureña o Romero), pero también es fácilmente observable tanto en textos de ambición historiográfica, como el ya citado e imprescindible “La formación del intelectual hispanoamericano del siglo XIX”, como en artículos centrados en individualidades, como “José Enrique Rodó, *revisited*” (*Insistencias*, ed. cit., pp. 45-65), por no repetir referencias ya hechas.

como los del “antiguo régimen”, con el agravante de todo doble discurso.⁵⁰

Tinos

En cualquier caso, más allá de desacuerdos, rescato por encima de todo el particular modo de “leer” obras, autores o procesos que tuvo Gutiérrez Girardot. Aparte de textos sobre Henríquez Ureña, Vallejo o Borges, cuyas aproximaciones me resultan “actuales” por sugerentes, hay otros más generalmente reconocidos que –“sin querer queriendo”– apenas he mencionado: su acercamiento al modernismo latinoamericano,⁵¹ de consulta obligada (como los de Carlos Real de Azúa, Ángel Rama o Julio Ramos). Pero del mismo modo habría que resaltar otro tipo de textos muy poco atendidos, al menos fuera de su país de origen, tal vez (y más en estos años de latinoamericanismo nominal por atomizado) porque muchos de ellos versaron sobre literatura colombiana. Es el caso de un cu-

50 Salto-atrás: “¿Y quién decide qué es de ‘primer orden’?”, se ha dicho y se me dirá, a caballo, tal vez, entre la justicia y la demagogia. Reconozco que el problema del ‘valor’ no es de poca monta; por lo demás, las valoraciones construyen cánones, que siempre son excluyentes y permean, según su éxito o poder, toda institución que los ‘contengan’. ¿Pero está la solución en construir un contra-canon (¡oh, Rigoberta Menchú!)?, ¿en la descanonización a ultranza o en la desestimación del caduco problema-valor para abrirse a fenómenos y sujetos desestabilizadores de los presupuestos de las lecturas post-ilustradas y sus políticas, para señalar otros temas y vías (migraciones, políticas culturales, TIC y medios, ec-o-rallitura, globo-localizaciones, sexualidades, transoceanismos, creación digital...), otras miradas (nómadas, oblicuas, intersticiales, resistentes...) pero, en última instancia, inevitablemente de forma valorativa?

51 Sobre este momento crucial de la literatura latinoamericana, aparte del ya citado “Sobre el modernismo” (1977) y su libro de mayor difusión: *Modernismo* (Barcelona, Montesinos, 1983; ampliado en edición del Fondo de Cultura Económica, 1988), merecen destacarse también, por ejemplo, la compacta reescritura hecha en “La literatura hispanoamericana de fin de siglo” para la *Historia de la literatura hispanoamericana*. V. II (Luis Íñigo Madrigal coord., Madrid, Cátedra, 1988, pp. 495-506) o ensayos dedicados a autores modernistas, como “La obra en prosa de Rubén Darío” o “El dandismo en José Asunción Silva” (ambos en: *Insistencias*, ed. cit., pp. 23-44 y 89-106).

rioso *aleph*, recomendable como un inicial acercamiento a la obra de Gutiérrez Girardot, que perfectamente habría podido dar origen a otro artículo: “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”⁵², en el que se conjuntan de modo imprevisible la revisión de consideraciones teórico-historiográficas, la crítica de prácticas historiográficas referidas a Colombia y reflexiones historio-sociológicas a partir de la lectura de tres textos costumbristas colombianos. O el caso de un inteligente acercamiento a *La vorágine* de José Estasio Rivera,⁵³ centrado en la novela como *locus terribilis*, lúcidamente opuesto al *locus amoenus* de la *Silva a la agricultura* de Bello (p. 91), en la exclusión del poeta-hidalgo por la modernización burguesa (p. 94) o en la negación de la selva (tierra/naturaleza) como huida/salida (p. 97). Establece, además, sugerentes e inéditas conexiones con la idea de ausencia del Estado o de Dios y el caos o el vacío, o con autores como Vallejo, Nietzsche o Sartre, antes que retomar etiquetas y temáticas improductivas típicas del historicismo tradicional y la estilística (naturalismo, romanticismo, novela de la tierra...) o interpretaciones biografistas.

De hecho, el lector se puede topar con ciertos pasajes inesperados y certeros, propios más de una mente en ebullición –a veces algo incontrolada– que de un cómodo, prefijado y previsible estilo y patrón de trabajo. Como ejemplo, quizás sirva uno presente en “La crítica a la aristocracia bogotana ...”, donde, a cuenta de llamar la atención sobre la ausencia de estudios sociológicos sobre las “aristocracias latinoamericanas”, cuya política de la “ostentación”, construida, al modo de altares barrocos, por un sólido tejido hecho de

52 En: *Revista de Estudios sociales*, N° 7 (2000), pp. 9-18.

53 “*La vorágine* de José Eustasio Rivera. Su significación para las letras de lengua española del presente siglo”, *Cuestiones*, ed. cit., pp. 81-100.

simulacro y teatralidad (pp. 178-179), en la práctica uno de sus principales “instrumentos psicológicos de dominio” (p. 177), y siguiendo la idea de Fernand Braudel sobre la diferente duración de fenómenos de diversos períodos que pueden superponerse en uno, podemos encontrar al paso un sugerente hallazgo para la discusión sobre la cultura o el imaginario social o la historia de las mentalidades en América Latina, por el estilo de:

La ‘monarquía’ escondida en la mayoría de los hispanoamericanos constituye, como su catolicismo visceral, un ‘existencial’, cuyo análisis pone en tela de juicio los fundamentos secretos de su personalidad. Esos dos ‘existenciales’ están en íntima relación. La imagen jerárquica del mundo del catolicismo, que subyace al ordenamiento feudal y en Hispanoamérica al de la hacienda, nutre la ambición monárquica de todos precisamente cuando las consignas de ‘libertad, igualdad y fraternidad’ quebrantan la rigidez de la pirámide social. El ascenso social y la democracia que postularon estas consignas se convirtió en una potenciación del monarquismo católicamente atávico de los ‘criollos’: tras la Independencia estaban ‘entre nous’, la monarquía desterrada se llamaba República, pero a diferencia de la francesa que la impulsó y le prestó, en parte, modelos de organización estatal, las nuevas Repúblicas hispanoamericanas no rindieron culto a la Razón sino a variaciones de la Jerarquía eclesiástica y su organización: la magna patria que proyectó Bolívar se disolvió en parroquias, llamadas Naciones; Rosas, José Gaspar de Francia y García Moreno equivalían a los obispos, diversamente cultos o incultos; y los caudillos, a los párrocos. Los coros catedralicios fueron el modelo de los Par-

lamentos. Y los obispos y párrocos, a su vez, multifacéticos como son, mantenían el fuego de la obsesión monárquica (p. 174).⁵⁴

Asignatura

¿Y qué decir finalmente de sus trabajos y sugerencias sobre una eventual historia social de la literatura o la cultura latinoamericana? El asunto no es de fácil manejo. Sus sugerencias y presupuestos fueron múltiples y certeros, pero... ¿aún actuales? Para Gutiérrez Girardot una historia de la literatura latinoamericana debería descansar ante todo en “una noción de historia de reducida validez exclusiva para la literatura”, una historia social por tanto, dispuesta a:

tener en cuenta o interpretar sociológicamente [...] fenómenos de la llamada vida literaria, de la historia de la cultura, ser menos una historia de autores y obras en su contexto estético y social, y ser más una historia de las condiciones sociales en las que se desarrolla la literatura en su relación indisoluble de configuración estética y de institución social.⁵⁵

54 Para un estudio histórico de las aristocracias latinoamericanas, Gutiérrez Girardot sugiere la aportación que pueden brindar obras como *Casa grande* de Luis Orrego Luco o *Un mundo para Julius*, aparte de centrarse en obras de García Márquez y Moreno Durán, para avanzar su idea, nada descabellada, de que tal mentalidad, nacida en la colonia, aún pervive vigorosamente en nuestros días. Para un estudio de tal naturaleza, también podrían funcionar como “insumos” sociológicos obras venezolanas, como *Cesarismo democrático* (1917) o su (casi) versión narrativa: *Las lanzas coloradas* (1931) de Arturo Úslar Pietri.

55 “A propósito de las interpretaciones de la literatura hispanoamericana”, *Hispanoamérica. Imágenes y perspectivas*, Bogotá, Temis, 1989, pp. 56-57.

Asimismo:

...deberá evitar todo fraccionamiento, abandonar todo criterio reduccionista, y colocar la literatura hispanoamericana como totalidad [...] [; lo que] exige que en sus análisis primen la contemporaneidad y no la nacionalidad de los autores, la simultaneidad de los géneros y la presencia de obras escritas que, como la literatura rosa o trivial, han sido descuidadas [...] por la historiografía literaria, aunque formen parte de la vida literaria entendida sociológicamente.⁵⁶

Son, en general, sugerencias y proposiciones que empezaron a tomar cuerpo desde los 70, en textos como los referidos a sus principales modelos historiográficos latinoamericanos: las *Corrientes...* de Henríquez Ureña y la obra de José Luis Romero. Por lo que quiero/debo asentar el “valor” de las sugerencias historiográficas presentes en el “Prólogo” a *La utopía de América* (1987), precedido por “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria hispanoamericana” (1974), y las proposiciones formuladas en su *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispano-americana* (1989); textos que, además de funcionar como una suerte de compendio de principios historiográficos del colombiano, resultan ineludibles para quienes aún hoy crean en la posibilidad y necesidad de una historia social de la literatura y la cultura latinoamericanas. Habría que añadir además, a esa selección, lo más cercano a un ensayo de índole propiamente historiográfico: *La formación del intelectual hispano-americano del siglo XIX* (1989-1990) –recogido, como *Temas y problemas...*, en *El intelectual y la historia*. En todo caso, la labor de Gutiérrez Girardot fue sobre todo la de un proble-

56 “Revisión de la historiografía literaria hispanoamericana”, ed. cit., pp. 26-27.

matizador e incitador, consciente de la necesidad e importancia de tal empresa.

Pero la pregunta que realmente cabe hacer hoy es ¿tiene aún sentido plantearse una historia social de la literatura o de la cultura –en el sentido que se quiera– latinoamericanas? Y de tenerlo, ¿cómo abordarlas? Más allá de lo que crea, no parece haber algo parecido a un consenso. El caso es que esta tarea sea quizás la zona menos satisfecha por quienes confluyeron en aquella Nueva Crítica (Literaria) Latinoamericana de los 70-80. Y no es que el vacío la defina en absoluto. Habría que mencionar, por supuesto y sin pretensión de exhaustividad, valiosos proyectos, como *La ciudad letrada* de Rama (1984) o el coordinado por Ana Pizarro: *América Latina: Palavra, literatura e cultura* (I: 1993; II: 1994; III: 1995). Y más allá, iniciativas más recientes, como la *Historia de los intelectuales en América Latina* (I: 2008; II: 2010), coordinada por Carlos Altamirano. O incluso historias de literaturas nacionales como la ingente *Historia crítica de la literatura argentina* en doce volúmenes, coordinada por Noé Jitrik. Y por supuesto, no hay por qué obviar u olvidar intentos editoriales coordinados desde fuera de América Latina, en los que han participado una cantidad apreciable de latinoamericanos, como la *Historia de la literatura hispanoamericana* (Cátedra, I: 1982; II: 1988; III: 2008) o los tres volúmenes de *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History* (Oxford University Press, 2004).

Esos intentos (que en su contexto y por distintas razones habría que llamar “titánicos”) pusieron de manifiesto, en algunos casos, por un lado, la necesidad de actualizar la concepción historiográfica en el sentido de renovar perspectivas y afrontar aspectos excluidos por los cánones de la historiografía tradicional, y, por otro, que una posible historia debía ser abordada por colectivos y no por individuos, aportando una mayor densidad en lo particular, aunque

quizás se haya creado un nuevo gran problema: la visualización global de los procesos a base de adiciones temáticas de tiempos y espacios, ¿conjuntos más bien?; de ningún modo descartables, es claro.⁵⁷ En todo caso, el nuevo milenio ha supuesto una merma notable de ese impulso incipiente y las “nuevas epistemologías” no han producido a la fecha nada equivalente, sea por las burocráticas exigencias de la vida universitaria (a veces fábricas cuantitativas de embutidos académicos, cuyas consecuencias aislantes e individualizadoras no logran ser superadas por las proliferantes “redes intelectuales” o los tradicionales “encuentros”, espacios de exposición y negocios académicos); o sea porque la crítica de las raíces de la historiografía, ilustrada, diseñada para satisfacer las necesidades unificadoras y excluyentes de los estados nacionales burgueses, celebre incluso su desmembramiento, dando cabida a la atención de sujetos, fenómenos y productos que apunten en otra dirección no necesariamente historiográfica.

En cualquier caso, por lo que a mí respecta, el discurso crítico e historiográfico de Gutiérrez Girardot, aunque susceptible de discusión, provocador y sugerente, está lejos aún de ser estela inoperante, polvoriento, mudo “monumento”.

57 Tampoco lo son las empresas individuales. Además del éxito incesante de *La ciudad letrada*, suerte de nueva biblia de los estudios sobre América Latina, hace poco José Carlos Mainer ha publicado su *Historia mínima de la literatura española* (Madrid, Turner, 2014). Ambas, aunque necesariamente “panorámicas” o limitadas, quizás cuenten con el agradecimiento de no pocos estudiantes. Por supuesto, sería ideal la constitución de equipos, capaces de profundizar en los conocimientos y de discutir frecuentemente sus avances, más que la participación necesariamente aleatoria de colectivos multinacionales con un escaso contacto entre los concurrentes, que ha llevado al diseño de conjuntos más que historias propiamente tales. Pero, de momento, eso parece ser mucho pedir.